

# Al pie de una economía de plantación<sup>1</sup>

MAYA MAZZOLDI DÍAZ

DOCTORADO EN ANTROPOLOGÍA, UNIVERSIDAD DE LOS ANDES (ULA)

MÉRIDA, VENEZUELA

Correo electrónico: mayamazoldidiaz@yahoo.com

## RESUMEN

Una etnografía conlleva cierto análisis de la economía política implicada en la formación del conocimiento social: esta inscripción, sensible a la condición colonial resulta de una acción investigativa contingente entre diferencias culturales inmersas en procesos históricos de cambio. Las coyunturas entre planos de comunicación, zonas culturales e históricas irradian la plasticidad de pliegues interculturales abigarrados en la ciudadanía. Esta confusión de texturas narrativas, expresivas, analíticas, halladas en campo, no deja de ser ambigua, emotiva y performativa. La vida en la parroquia Bobures, al sur del lago de Maracaibo, en el estado Zulia (Venezuela), muestra la emergencia de subjetividades resistentes a las modificaciones de un asentamiento impuestas desde arriba con el desarrollo de la industria capitalista azucarera desde la colonización española hasta la actualidad.

**PALABRAS CLAVE:** Etnografía, gramática popular, desarrollo, resistencia.

## RESUMO

O conhecimento social que resulta da etnografia envolve uma analise da economia política implícita na ação investigativa. O exercicio criado de forma contingente entre diferenças culturais e processos históricos de mudança, produz uma inscrição sensível a toda condição colonial. As junturas entre áreas culturais e históricas, planos de comunicação que vao e vem, irradian a plasticidade das dobras interculturais misturadas no conjunto da cidadania. Essa confusao de texturas narrativas, expresivas, analíticas, encontradas em campo ficam ambiguas, emotivas e performati-

---

1 En este artículo estamos usando el sistema de referencias de las Normas APA 2019.

vas. A vida na localidade de Bobures, ao sur do lago de Maracaibo, estado Zulia (Venezuela), revela subjetividades emergentes, resistentes de fronte as modificações do assentamento impostas pelo crescimento da industria capitalista azucareira desde a colonização espanhola ate o presente.

**PALAVRAS CHAVE:** Etnografía, gramática popular, desenvolvimento, resistência

## INTRODUCCIÓN

Este es el relato de una experiencia de investigación de larga duración. A partir de mi inmersión en el lugar, procuro hacer tangible el contexto social en el que me encuentro, la plasticidad de planos históricos abigarrados en la cotidianidad de puertos caribeños construidos bajo el sol ardiente durante el siglo XVI en las costas del gran lago de Maracaibo, donde las grandes vías rápidas, los centros comerciales, el uso del aire acondicionado, entre otras pautas de consumo, marcan un estilo de vida adoptado en los años 70 como signo de progreso y modernidad.

En primer plano retumba la polarización política y económica a la que asistimos en Venezuela desde el fallecimiento del presidente Hugo Rafael Chávez Frías en 2013. Mi voz indignada resuena en *off* relatando una incómoda situación vivida en una plaza de mercado. Esta casualidad se hizo nudo de una coyuntura sensible que hacía eco a los hechos de violencia civil ocurridos entre 2014 y 2017 en las principales ciudades venezolanas: desprecio entre ciudadanos, vandalismo teledirigido (desde Estados Unidos y Colombia) y protestas llevadas a cabo por jóvenes reclutados a través de los principales partidos de la derecha venezolana (Primero Justicia, Voluntad Popular, Vente Venezuela).

Enseguida presento la región geográfica y cultural del estado Zulia desde la zona norte costera de manglar hasta la región del sur del Lago de Maracaibo en donde las lluvias son frecuentes y los cultivos florecen. Una región atravesada sea por el paisaje seco de la baja Guajira y la población wayuu; por el trajín del comercio fronterizo como por el ritmo de los *chimbangueles*, el conjunto de

tambores que dan vitalidad a la procesión de los vasallos de San Benito. Los episodios narrados son evocaciones de una «observación participante» o un «estar allí» que se desprende de los viajes realizados en la región entre 2007 y 2017, el tiempo que he vivido en Venezuela.

En el casco histórico de algunos de los municipios de esta región del occidente venezolano –como Villa del Rosario en Perijá y San Timoteo en Baralt– sucede lo que Carolina Veliz me comentaba respecto de Bobures, su ciudad natal: el tamaño de las casas y de las puertas, la altura de las ventanas y de los techos, así como las decoraciones en las paredes internas, marcaban diferencias de clase entre los terratenientes y dueños de hato, los comerciantes, los empresarios y los ciudadanos simples que conformaban el proletariado y el conjunto de trabajadores asalariados que vivían en la urbe.

En estos antiguos territorios caribe y arawak la colonización del imperio español produjo una fuerte segregación racial que redujo primero al indígena y luego al afrodescendiente a la condición de esclavitud en tanto que los descendientes de sangre española gozaban de privilegios en la sociedad colonial. Durante la primera mitad del siglo XX las huellas de esta desigualdad entre «el pueblo llano» y la burguesía criolla terrateniente se profundizan en el Zulia con el desarrollo de la economía de enclave del petróleo y el fortalecimiento del capitalismo industrial de la sacarina. Sin embargo, las edificaciones coloniales y otras vinculadas a la economía de plantación (de cacaotales, cañaverales y café) han sido integradas a la memoria colectiva «oficial» como «patrimonio cultural material» de la nación.

En el territorio zuliano, sobre las huellas de este pasado colonial, la presencia luchadora y orgullosa del indígena y del afrodescendiente se hunden como raíces culturales de las que surge una socialidad sostenida por la fe en el poder de los santos y difuntos, en donde las distancias entre las capas sociales han sido creadas por los niveles de educación y las historias de vida de una y otra familia, en las que predominan la alegría, la música, el ingenio, la experiencia, la tragedia y el cuidado del otro.

En *Familia fofoca e honra* Claudia Fonseca nos narra historias alrededor de las investigaciones etnográficas que realizó entre los años 80 y 90 en sectores populares de Puerto Alegre: recién llegada a Brasil, se instaló con su familia (esposo e hijos) en un sector de clase media ubicado al oriente de esa ciudad. Los niños de la *Vila do Cachorro Sentado*, un barrio cercano formado por un grupo de casuchas autoconstruidas por sus habitantes en un callejón, iban a golpear a su puerta para pedirle comida o para jugar con sus hijos. Cierta día, el ingenio y el humor de esos niños la impulsa a seguirlos hasta el barrio comenzando así a entablar una relación con padres y parientes. En dos años de contacto «casi diario» su reconocimiento de la otredad de sus vecinos del barrio los ha convertido en «nativos» y al sector más amplio en donde ella vivía en su «campo». Ese conocimiento le permitió no solo comprender de cerca un comportamiento social sino además percibir la yuxtaposición «surreal» entre los mundos de la clase media a la que ella pertenecía como profesora universitaria y el de la *vila* en donde la gente era muy pobre. Aun cuando determinadas circunstancias la obligaron a alejar su casa del «campo», de esa experiencia de vida surgieron algunas reflexiones alrededor de las clases populares (Fonseca, 2004, p.6). Entre otras, las teorías de Bakhtin, De Certeau y Lévi-Strauss inherentes a la «gramática creativa» del pueblo como forma de «bricolaje» inscrita en la vida cotidiana complementan su análisis etnográfico alrededor de esa realidad social.

En Venezuela, las expresiones cotidianas de la socialidad del pueblo zuliano delinearon para mí las texturas de una marcada diferencia cultural. De hecho, los modos de vida particularmente adaptados a ese territorio árido y caluroso me revelaron prácticas de resistencia creativa que configuran una otredad capaz de solventar grandes carencias y dificultades materiales.

Mi investigación etnológica ha tenido que ver con poblaciones que viven al margen de la sociedad dominante, sean indígenas, afrodescendientes o criollos, «blancos», amarillos, color canela o mestizos... asentados con sus familias en áreas periféricas o periurbanas de un municipio. En las etnografías que he realizado, cuando no se trata de informes derivados de un contrato de traba-

jo (en el área de la antropología aplicada), procuro evitar la figura del narrador neutral (omnisciente) e imparcial que encontramos en las etnografías clásicas de corte colonialista. Por ello subrayo el contraste entre el modelo positivista y los aportes metodológicos que la historia oral ofrece a la naturaleza etnográfica del conocimiento antropológico.

A pesar de estas buenas intenciones, en el texto es mi voz (en primera persona o en plural) la que lleva el hilo narrador, es mi autoría la que entreteje una interpretación antropológica *ética* a partir de la observación-participante sobre las prácticas de vida cotidianas y las conversaciones tenidas con la gente del lugar. En este texto procuro reflejar las expresiones *emic* del <sentido común> de los habitantes de Las Dolores y su posición ante una problemática que los coloca bajo la mirada de funcionarios de la localidad. Esto sin negar mi preocupación por el bienestar en sus hogares.

## EVOCACIÓN DE EFECTOS

En la plaza de mercado mi mirada se cruza por instantes con la del carnicero tuerto. Está contando los billetes de cincuenta bolívares fuertes que le he dado por dos kilos de «recortes de tripa» para cocinar y dar de comer a nuestros perros. Una hora después estoy en casa. Al abrir el saco comprendo la expresión maliciosa de su mirada: los recortes de res y cerdo que le compré hieden hasta la repugnancia. Esta repulsiva muestra de un espíritu miserable y mezquino en la condición humana no es nada en comparación con lo que se vive en las grandes ciudades de Venezuela: suman más de cincuenta los días de violencia engendrada por grupos de jóvenes vándalos que, más o menos cegados por el odio, han sido reclutados por los partidos de ultraderecha.

A partir del año 2014 en las ciudades de Maracaibo, Mérida, Valencia y Caracas, las avenidas principales y zonas residenciales han sido bloqueadas con barricadas y trincheras conocidas como «guarimbas»; instituciones del Estado, infraestructura vial y medios de transporte público han sido incendiados; han lanzado a

la Guardia Nacional «bombas» con desechos fecales, botellas de vidrio encendidas con gasoil y cargas de bazuca; han desvalijado panaderías, licorerías y abastos; asediado centros de atención médica y escuelas públicas. Para atraer todavía más la atención de los medios internacionales, han reclutado mediante engaños a niños enviados «al frente» de las barricadas, camuflados con capuchas y máscaras antigás, han colocado alambre dulce de un extremo a otro de una acera creando una trampa mortal para quien pretenda pasar por ahí y volcado los vehículos de quienes intentan ir a trabajar. Sin mencionar a los francotiradores contratados para hacer disparos selectivos desde lo alto.

La periodista Patricia Villegas, del medio telesur.tv.com, describe estos eventos como montajes (financiados) cinematográficos de «protestas» sectorizadas que tienen como fin proyectar a Venezuela a nivel internacional como el escenario cruento de una guerra civil que justifica una ocupación yanqui. Igualmente, han provocado el desabastecimiento generalizado del país para exasperar a la ciudadanía. Sin embargo, no les basta con reproducirla lógica aplicada en los años sesenta durante el golpe de Estado contra Salvador Allende: nada ha sido suficiente; vuelven a bloquear las calles en contra del llamado a la democracia que hiciera el presidente Nicolás Maduro Moros para la conformación pluralista de una Asamblea Nacional Constituyente.

Los dirigentes de ultraderecha pertenecientes a una clase media acomodada y alta claman por un golpe de Estado al incitar estas manifestaciones de violencia a sueldo pues, mientras desean con vehemencia que Venezuela se convierta en colonia de Estados Unidos, no les interesa en absoluto el futuro de los sectores populares. A toda vista la burguesía venezolana más recia (o mantuana) desprecia el mandato o la soberanía del pueblo<sup>2</sup>. Tanto es así que

---

2 En la actual *Constitución de la República Bolivariana de Venezuela*, el Artículo 62 es la piedra angular de la participación ciudadana en la formación, ejecución y control de la gestión pública. El Artículo 5 consagra de forma intransferible la soberanía en el pueblo. Así como reconoce también la diversidad cultural como valor socialista. Por «*poder popular*» se entiende el poder constituyente; la voluntad soberana que configura la organización política de la Nación. El sujeto del poder constituyente es el pueblo, por

en el habla corriente de los acomodados, la persona humilde es calificada de *pata en el suelo* sea soldado, vendedor de mangos, cocinera, madre de barrio o el más buen haragán. Sin duda alguna, los representantes de la clase económica y política que fuera dominante durante la mayor parte del siglo XX en Venezuela expresan un rotundo rechazo hacia la construcción de una sociedad más equitativa.

Hace dos semanas<sup>3</sup> el ministro para el Poder Popular para la Comunicación e Información, Ernesto Villegas, mencionaba el caso del habitante de una de las urbanizaciones construidas por la Misión Vivienda, un joven de catorce años quien había fallecido accidentalmente a causa una bala que impactó en su cuerpo. El joven estaba junto con los demás vecinos y vecinas amontonados frente a sus casas para defenderse del asedio violento de manifestantes de la oposición. Esta muerte fue utilizada en mensaje vía Twitter por María Corina Machado, dirigente del partido de derecha Vente Venezuela, quien convirtió al joven en una víctima más del «pueblo en lucha» contra la «dictadura» de Maduro. El ministro señalaba la estrategia de los medios de comunicación opositores para favorecer el discurso de la derecha: transformar una familia de bajos recursos que ha sido beneficiada por los logros de la revolución bolivariana en víctima-símbolo de «la tiranía» y del incumplimiento a los derechos humanos.

Este relato refleja apenas mi posición ante la realidad social que se vive en el presente en un lugar de «la patria heroica» que ha sido Venezuela: efectos de lo que observo y escucho como ciuda-

---

tanto la legitimidad democrática del *Estado Comunal* descansa en el principio de la soberanía popular que edifica las distintas formas de organización. Cfr. Ley Orgánica del Poder Popular.

- 3 Se trata de la rueda de prensa que dió el ministro del Poder Popular para la Comunicación e Información, en fecha 22 de mayo del 2017, junto con la entonces canciller venezolana Delcy Rodríguez y el Secretario Ejecutivo del Consejo Nacional de Derechos Humanos, Larry Devoe. Me refiero al niño Brayán Principal, fallecido en Barquisimeto víctima de un tiro disparado por bandas criminales desde la urbanización Yucatán hacia la ciudad socialista Alí Primera. Dirigentes políticos como Lilian Tintori y María Corina Machado dieron a entender que su muerte ocurrió por una política del Estado.

dana y como profesional sensible a las situaciones de «colonialismo interno» en el proceso de construcción de la vida económica y política de nuestras naciones latinoamericanas y caribeñas.

Pero adentrémonos en la región histórica y cultural de Venezuela de donde provienen estos fragmentos etnográficos.

## CREATIVIDAD POPULAR EN TERRITORIO ZULIANO

Hace diez años (en 2007)<sup>4</sup>, la frontera entre las tierras bajas de la península de la Guajira en Colombia y el litoral de Venezuela en el estado Zulia eran para mí una realidad geopolítica distante, una línea fronteriza imaginaria reconocida en el simple hecho de cruzar de un país a otro, de una oficina de extranjería a la otra. Desde entonces, mi percepción de ese territorio árido ha cambiado, ya que en cada viaje reconozco en el paisaje las actividades de la economía de subsistencia de las familias wayuu y *alijuna* que habitan ese antiguo territorio.

Los fuertes vientos alisios que soplan en la región costera del golfo de Venezuela alejan la lluvia, los wayuu llaman *ljouktail* a este viento fuerte que se arrebató a lo largo de la geografía peninsular. Como ocurre en muchas carreteras del Zulia, los automóviles de la General Motors<sup>5</sup> conducidos por audaces baquianos (muchas veces paisanos wayuu) realizan el transporte público intermunicipal e interurbano de mayor costo y velocidad. Sus puestos son suficientemente amplios para un cupo de seis personas no muy voluminosas (incluido el conductor). Eso sí, a pesar de tener cuatro puertas, es

---

4 Este artículo modifica la ponencia titulada «Una etnografía sin solución final» presentada en junio del año 2017 durante las jornadas del *Simposio Hacia una etnografía irreverente y comprometida*, en el marco del V Congreso de la Asociación Latinoamericana de Antropología, realizado en Bogotá junto con el XVI Congreso de Antropología en Colombia.

5 Producidos en Estados Unidos por la General Motors Corporation (años sesenta y setenta) y la Ford Motor Company. Del primer fabricante están los modelos Chevette y Malibú (sedán de cuatro puertas) producidos para la firma Chevrolet asociada a la GM. También en la década del sesenta la filial de Ford en Europa produjo los automóviles Ford Capri y en Estados Unidos la marca Lincoln asociada a la Ford produjo los modelos conocidos como Lincoln Continental y *Conquistador*.

común que en este tipo de transporte público los pasajeros entren y salgan por una sola de las puertas posteriores y que únicamente estén abiertas las ventanillas delanteras; además del desgaste por las altas temperaturas la carrocería del auto incorpora la oxidación causada por la atmósfera salina y árida de la costa. En la parte interior de sus puertas desnudas y oxidadas, soldaduras y otros arreglos asoman a la superficie a manera de manijas para facilitar al pasajero/a el manejo de la estructura de hierro que puede estar candente por el sol o por el motor que bulle. En razón de su resistencia, estos modelos de antaño son muy solicitados en el Zulia: mientras el motor siga andando y los asientos tengan su cojinería en más o menos buen estado el «carrito por puesto» puede salir a trabajar.

Otra forma de «bricolaje popular» (Fonseca, 2004) aparece en el humor, en la socialidad y en el derroche de la expresión oral cotidiana: el gusto por *narrar* algo ante una «audiencia», aunque sea la más efímera anécdota formada entre los pasajeros que comparten el transporte. En breves lapsos de tiempo el trato entre desconocidos se transforma en una relación fraterna o de parientes. Sin obligación alguna ni intercambio de dones, la voz de cualquier persona puede iniciar una conversación con alguno de los presentes o incluso explayarse en un monólogo, alrededor de un chisme, una noticia o una anécdota personal.

La etnografía realizada por la socióloga Claudia Fonseca (2004) en un barrio de Puerto Alegre, destaca la ausencia de contacto entre las clases antagónicas del subproletariado<sup>6</sup> y los ricos (p.108). En la escena urbana de Maracaibo esa distancia es evidente, las personas con más recursos no utilizan el medio de transporte público que he mencionado. Se movilizan en costosas camionetas, viven en casas grandes y lujosas rodeadas por altos muros electrificados y cámaras de seguridad, etc. Somos conscientes de que nos encontramos en una sociedad de clases con marcadas diferencias

---

6 Fonseca (2004) utiliza la categoría «subproletariado» de Petonnet, Colette (1968, *Ces gens-là*), para describir a las clases populares que se agrupan en la *vila* o *favela* de Puerto Alegre: «parcela da classe operária que, num dado momento, não está apta para os empregos disponíveis ou constitui um excesso, em relação às demandas da produção industrial» (p.9).

entre ricos y proletarios, sin embargo no han sido sus gustos y expresiones las que han llamado nuestra atención. Entre la ciudad y el campo, han captado mi atención y provocado mi demora en Venezuela su diversidad cultural, el exceso de sonoridades, la amalgama de expresiones creativas, las estrategias de sobrevivencia que se dan en el orden de lo cotidiano entre las clases trabajadoras y los sectores aún más pobres.

Las clases que Gramsci definió como «subalternas» y que configuran la masa del pueblo trabajador: las amas de casa, los profesionales empleados e independientes, los campesinos y productores independientes... están en relación cotidiana con los más pobres –quienes no alcanzan la media de un ingreso estable (el subproletariado). Entre ellos y ellas es creada una gramática popular que se resiste al orden social «oficial»; sus diferencias aparecen abigarradas entre planos culturales, pliegues de la economía local, voces y perspectivas de la historia que varían entre las distintas gentes y ocupaciones que conforman la sensibilidad colectiva de «la potencia plebeya» (García Linera, 2011). En este bricolaje, las barreras culturales pueden diluirse y reverberar, las maneras de vestir y de hablar, los rasgos fenotípicos y los gestos al dialogar con el otro, la risa, la solidaridad, pero también el enojo se pueden desatar con ocurrencias e impertinencias que alteran el entendimiento de una palabra, un evento, un comportamiento, una tendencia política.

### VASALLOS DE SAN BENITO AL SUR DEL LAGO DE MARACAIBO

Años después (en el 2015) fui a visitar un territorio muy fértil y legendario en la parroquia Bobures<sup>7</sup> del municipio Sucre<sup>8</sup>.

---

7 El nombre *l'ou'rel* de la parroquia Bobures es de filiación caribe: lugar donde cae mucha agua. Otra acepción deriva de *l'buruburul* pies. Antes de la conquista, indígenas bobures, motilones y pemenos poblaban esta región suroccidental de la costa lacustre (Bracho, 1997, p.51).

8 El municipio Sucre tiene un área formada por 1.174 kms<sup>2</sup> con una población de 60.819 habitantes según el XIV Censo Nacional de Población y Vivienda 2011 (Cfr. <http://gelvez.com.ve/zulia/sucre/demografia.html>. Recuperado en mayo 2017).

Llevé conmigo dos mapas impresos del municipio (una carta política y otra física) con la intención de plasmar sobre el papel los lugares y recorridos de una cartografía social trazada a partir de la memoria de hombres y mujeres afrodescendientes movilizados en busca de trabajo. Quería conocer a los practicantes de la tradición popular<sup>9</sup> del *chimbanguele* y a través de sus relatos de vida crear una herramienta pedagógica<sup>10</sup> similar a los «mapas parlantes»<sup>11</sup> (Bonilla, 1986, citado por Vasco, 2012, p.14) elaborados en las montañas hábitat del pueblo guambiano como forma de auto-reconocimiento. En Gibraltar y en Bobures comencé esta labor pero pronto me di cuenta de que no podría trazar en un mapa la memoria de una y otra familia afrodescendientes, su movilidad iba más allá de los límites del municipio y de la región del sur del

---

9 No es mi intención contraponer aquí la invención europea de compartimentos separados para la cultura «popular» y la «erudita», o entre pueblos con alfabeto y pueblos con otros signos, trazos, grafismos, simbolismos. En la sociedad europea del siglo XVIII el concepto de «folklore» (entendido como saber del pueblo) marcó una frontera entre las manifestaciones culturales de las clases acomodadas (la élite) y las manifestaciones más ampliamente difundidas o «populares». En el siglo XIX, el concepto europeo de «pueblo» hacía referencia a los habitantes de las zonas rurales mientras que «lo popular» se refería a lo contaminado, lo muerto al interior de las ciudades en donde se concentraban personas paupérrimas (sin linaje, sin tierra, sin bienes). De ahí que en Europa la producción cultural del «pueblo» representa un «residuo del pasado» que, sin embargo, completa el ideal de «autenticidad» y «pureza»; el «mito» de fundación de muchas naciones europeas (Domínguez, 2011, p.402).

En Bracho (1997) e Irady (2018) encontramos dos posiciones encontradas: una que considera los problemas del cambio cultural y el contexto social. Y la otra que restringe el estudio al fenómeno de «lo autóctono» como patrimonio vivo y «saber tradicional». Desde la fundación en 1946 del Servicio de Investigaciones Folklóricas Nacionales, la tendencia en Venezuela ha sido la de no confundir el estudio de *folklore* entendido como «cultura del pueblo» o *tradición popular* y las expresiones de la *cultura popular*, asociada a «los productos alienantes ofrecidos e impuestos por los «mass media», que tienden a borrar los rasgos de identidad de los pueblos» (Bracho, 1997, p.48).

10 Ver Bonilla y Findji (1986).

11 Invención del solidario Víctor Daniel Bonilla. Los mapas parlantes son una «herramienta pedagógico-organizativa», no son únicamente descriptivos, hacen parte de un proceso de conocimiento que valoriza la concepción indígena (de los paeces) de que «la historia está impresa, contenida en el territorio y puede leerse en él» (Vasco, 2012, p.14). Cfr. <http://www.lugui-va.net/cartillas/subIndice.aspx?id=10>.

lago. Dejé mi idea inicial de elaboración de una cartografía social y comencé a acompañar a algunos de los habitantes de Las Dolores en sus movimientos por la ciudad de Caja Seca, el poblado de El Batey, Bobures y el antiguo puerto de Gibraltar. Fui a conocer a sus parientes en los poblados de Santa María y San José, en la parroquia Heras.

Supe entonces que las primeras generaciones de pescadores y agricultores afrodescendientes que abandonaron sus parcelas y se trasladaron con sus familias a las distintas colonias azucareras para trabajar como jornaleros provenían de las parroquias con mayor producción agrícola situadas al suroccidente del municipio, en los poblados de San José y Santa María de Heras. Esta migración, en su mayoría de «sanjosederos», nos remite a los años treinta a cuarenta del siglo XX.

De otra parte, pude observar y conversar sobre el ritmo de la vida social en ambas zonas, sea en las localidades con mayor crecimiento demográfico y desarrollo urbano como son Caja Seca (centro financiero y comercial) y Bobures (capital del municipio), San José y Santa María de Heras, poblados más apartados geográficamente por su dedicación a la actividad agrícola y pesquera. El transporte hacia esas pequeñas localidades es menor; tienen una escuela básica de educación primaria y secundaria; la tecnología digital y televisión por cable no ha sido extendida hasta esos antiguos puertos lacustres; las familias afrodescendientes han establecido fuertes restricciones en la filiación por lo cual no es fácil el asentamiento de familias no vinculadas genealógicamente con quienes ya habitan allí. Con respecto a la tradición del *chimbanguete* y los vasallos de San Benito, habitantes de Bobures y de Las Dolores recalaban que en San José de Heras encontraría «más pura la cultura» ya que «son más unidos», menos propensos a formar parentela con foráneos y a cambiar sus costumbres.

Las cuatro estadas realizadas en el municipio Sucre, entre mayo del 2015 y octubre del 2017 me mostraron la amplitud de las dimensiones sociales y geográficas que podría tener la investigación en campo entre una y otra zona. Por ello subrayo las palabras del fundador de la Asociación Brasileira de Historia Oral,

Antonio Torres Montenegro, quien recomienda distanciarse de la «pretensión de narrar la historia de todos los hombres y/o de todas las mujeres de una determinada sociedad o de cierto gremio profesional» (Cavalcanti y Fagno, 2016, p.433). De esta manera los encuentros, las entrevistas realizadas (no estructuradas) y el registro de sus voces y expresiones (transcritas) circunscriben mi relato. Las reflexiones dedicadas a las condiciones materiales de las viviendas más pobres en el sector Las Dolores de la parroquia Bobures son apenas fragmentos de una etnografía que atraviesa un largo camino.

## ASENTAMIENTO EN LAS DOLORES

Sergio Pirela Solarte es sobrino de una sonriente y delgada abuela (de 82 años de edad) de nombre Ecilda Rosa Solarte<sup>12</sup>. Su voz y décimas improvisadas al ritmo de la gaita-tambora, son bien conocidas en el municipio por músicos chimbangueleros, promeseros y devotos de San Benito-Ajé.

Ecildame recomendó ir en busca de su sobrino una tarde en que me contaba de los tiempos en que ella, siendo una niña de cinco años de edad, viajó desde San José de Heras junto con sus padres y hermanos más pequeños para acudir a la cosecha de la caña de azúcar en las plantaciones del central azucarero... serían los años cuarenta. Recuerda haber llegado a un campo abierto sembrado de caña en donde solamente se conocía un sector ya habitado que llamaban El Silencio<sup>13</sup>, también se veía el trazado de

---

12 También conversé con su hermano, el señor Wilfrido Solarte, de 85 a 90 años aproximadamente, cortador de caña.

13 Es interesante anotar lo siguiente para nuevos interrogantes en campo: En 1942, por orden del presidente Isaías Medina Angarita, fue demolida una antigua barriada pobre asentada en el centro de Caracas desde el siglo XVI. Su nombre se debe a la trágica muerte de sus habitantes en 1658 por causa de la peste. A principios del siglo XX, El Silencio tenía mala fama por los bares y prostíbulos que se mezclaban entre las casas de familia. En 1945 terminó la reurbanización de la zona con la construcción de siete bloques y dos plazas.

la única calle conocida como Pela el Ojo<sup>14</sup> y el establo de las mulas sillonerías que salían temprano en la madrugada para ir a carretear la caña cortada hacia El Batey. Animada por conocerlo, una mañana en que me encontraba de visita en Las Dolores me asomé al frente de su casa y llamé al sobrino desde la carretera.

Como es una casa campesina tradicional, aunque no está hecha con bahareque sino con amarres de caña brava, un corredor la atraviesa de lado a lado dejando la casa abierta al paisaje por ambas fachadas. Una vez en el solar, sentados sobre lo que quedaba en pie de unas sillas de marca Rimax, conversamos en medio a la barahúnda de niños y niñas, hijos de sus dos nueras y de su suegra. Él y su esposa Yuani tenían para ese entonces una pequeña de 2 años de edad llamada Ada Luz.

En aquel solar había patos, pavos y gallinas, además de los perros y de nosotros, todo sucedía bajo la sombra de dos grandes aguacates, un naranjo y unas palmeras cocoteras que no podían faltar. Los niños alegres y vivaces corrían de un lado a otro deteniéndose de vez en cuando a escuchar lo que decíamos; los más grandes cuidaban de los bebés de brazos; las dos hermanas-madres de familia, conversaban y lavaban los trastos mientras se encendía el fogón de leña. Los cuñados de Sergio conversaban con su madre (la suegra de Sergio) que limpiaba los trozos de carne traídos del Matadero. Ella vivía con sus hijos e hija menor al otro lado de la cañada en una casa de las que había entregado el consejo comunal a través del programa «Rancho por Vivienda».

Sergio me ofreció su ayuda en lo que necesitara para la investigación y acepté volver otro día preparada con unos pescados mana-mana para almorzar en familia. Esa misma mañana comenzó una larga conversación. Sus gestos son cordiales, su hablar educado y paciente y aunque su cabello sea lacio, su tez clara y sus rasgos criollos, en su sangre, en su corazón y manos late el orgullo de ser afrodescendiente. Al presentarse mencionó la importancia de sus ancestros, Solarte Soto por parte de madre y Pirela Chourio

---

14 En uno de los callejones de El Silencio había casas con una alerta escrita en su pared: ¡Ojo pelao, casa de familia! Una advertencia para quien pudiera importunar equivocándose en su andar...

por parte de padre, una estirpe de chimbangueleros proveniente de los poblados San José de Heras, Palmarito y Gibraltar en el municipio Sucre. Sergio sabe fabricar y tocar los distintos golpes del *chimbanguele* y enseña a los más jóvenes la percusión y los cantos aprendidos acompañando a sus tíos, tías y abuela. Me deja asombrada la estructura que demuestra su relato sobre los orígenes africanos del *chimbanguele*; la diferencia entre el santo católico (San Benito de Palermo) y Ajé (la divinidad africana); el sincretismo de ambas religiones en el ritual que festejan anualmente los vasallos de San Benito. En su experiencia interior también hay capas de tristeza: huérfano de madre a los 3 años, su infancia transcurrió al lado de una madrastra que lo alejó del núcleo familiar afrodescendiente, llevándolo a vivir en la ciudad de Maracaibo en donde sufrió un trato despiadado para su corta edad. Siendo un niño se vio obligado a trabajar para ganarse el pan de cada día, es entonces cuando se hace un hábil vendedor ambulante<sup>15</sup> que recorre a pie las calles del área central de la ciudad de Maracaibo. Cuando logra regresar a su tierra natal es para asentarse entre los suyos como un trabajador independiente y en el seno familiar afrodescendiente encuentra su vocación como cultor del *chimbanguele*. Pero más allá de esa raíz, de su respeto y admiración por los mayores – cultoras y cultores populares de la gaita-tambora y los *chimbangueles*–, Sergio es devoto de la Virgen María y de los santos católicos, siendo además reconocido como «rezandero» y sanador vegetalista. En cuanto «capitán de lengua» de la cofradía de vasallos de Las Dolores recita a memoria las letanías que se ofrecen al Santo Negro antes de entrar al templo, añadiendo oraciones dedicadas a

15 El concepto del Instituto Nacional de Estadística (INE) para l@s trabajador@s del sector informal en el mercado laboral venezolano abarca a las «personas que trabajan en empresas con menos de cinco personas empleadas (incluido el patrono), servicio doméstico, trabajadores por cuenta propia no profesionales (tales como vendedores, artesanos, conductores, pintores, carpinteros, buhoneros, etc.) y ayudantes o auxiliares que no son remunerados y que trabajan 15 horas o más semanalmente» (INE, 2014, p.9). Para el abogado laboral Alfredo Padilla, casi siete millones de venezolanos mantienen una economía activa en este sector informal. Explicando que la *venta callejera* o *ambulante* representa el 30% de todas las actividades de este sector (Cfr. <http://hinterlaces.com/radiografia-del-mercado-laboral-venezolano-en-medio-de-la-crisis-economica/>).

entidades de la naturaleza relacionadas con Ajé, una deidad de origen bantú que, según los estudios de africanía realizados por Juan de Dios Martínez, precedería a la imposición de la cofradía del santo católico entre los esclavizados del antiguo Cantón Gibraltar.

De este joven amigo puedo decir que es un humilde trabajador que sabe ganarse la vida entre las labores agrícolas y la venta callejera en la ciudad. Es un generoso anfitrión y alegre padre de familia al que le gusta la parranda y el compartir con la gente, su espíritu es el de un colaborador incondicional orgulloso de sus tradiciones. Entre las lecturas que hay en su casa me mostró algunos de los cuadernillos publicados por el maestro Juan de Dios Martínez (Q.D.E.P), cultor del *chimbangueles* quien dedicó su vida a investigar las huellas de africanía en el Zulia y a difundir ese conocimiento entre cultores y escuelas de la región. Sergio ha sido colaborador de la Maestría en Antropología de la Universidad del Zulia, en la ciudad de Maracaibo, invitado como cultor de los *chimbangueles* y vasallo de San Benito para hacer conversatorios con los estudiantes sobre cada uno de los tambores del *chimbanguete* y el gobierno de los vasallos de San Benito-Ajé.

Reconocida nacionalmente por las imágenes que ha captado de los *chimbangueles* y vasallos de San Benito, Evelin Canaan visita con frecuencia el solar de Sergio y de Yuani y de forma recíproca hace las veces de anfitriona cuando ellos viajan a Maracaibo. En estos años de amistad, la familia de Sergio se acostumbró a la presencia de una cámara fotográfica en su vida cotidiana, además el esposo de una de las hermanas de Yuani es fotógrafo de estudio y en eventos sociales, de manera que la cámara no es un objeto extraño.

En el año 2013 gracias a mi contrato de trabajo como investigadora de la Casa de la Diversidad Cultural del Zulia viajé al municipio Sucre en dos ocasiones. Cuando volví por mi cuenta en el año 2015 me hospedé en la misma posada de Bobures que había conocido por el trabajo, pero ya en los siguientes viajes, entre 2016 y 2017 fui invitada a quedarme en la casa de Sergio en

Las Dolores, una de las «colonias agrícolas» que trabajaban para el Central Venezuela<sup>16</sup> entorno a 1919.

Por eso el relato que sigue y sus avatares se sitúan al pie de la antigua economía de plantación, que dio paso al desarrollo de la industria capitalista de la sacarosa y a la construcción de barracones de madera para el alojamiento de inmigrantes caribeños traídos como mano de obra barata.

### LA CONSTRUCCIÓN DEL ESPACIO DOMÉSTICO. PROPÓSITO INDIVIDUAL O COLECTIVO

¿Es normal que en nuestros municipios las viviendas del «pueblo soberano» sean en su mayoría autoconstruidas y no tengan un acceso adecuado a los servicios públicos domiciliarios? Y si esta condición es común en Latinoamérica y en el Caribe cabe preguntarse hasta qué punto configura un índice del nivel de acción de las políticas sociales de los gobiernos locales con respecto a las necesidades de habitación de familias de bajos recursos, las que sin tierra, sin linaje y sin capital insisten en vivir cerca de alguna ciudad.

En el municipio Sucre del estado Zulia, las viviendas populares, de interés social o autoconstruidas con caña brava o con cemento y láminas de zinc, han sido entregadas sin las instalaciones sanitarias adecuadas a un sistema de drenaje o red de cloacas municipal, ya que incluso el suministro de agua potable de una vivienda se hace mediante una conexión subterránea improvisada.

En la casa de Sergio sucede como en otras de las viviendas de Las Dolores; por una parte no constituyen un sector rural aislado, la Vía Bobures es una carretera principal que pasa a un costado del caserío y sigue hasta la cabecera municipal situada hacia el norte, a una distancia de 14 kilómetros, mientras que hacia el sur conduce hasta Caja Seca, a 12,6 kilómetros de distancia.

---

16 El Complejo Agroindustrial Azucarero de Venezuela cuyo rubro principal es la caña de azúcar tiene un lote de terreno de extensión aproximada de 5.000 hectáreas en el municipio Sucre (Ver: <https://vlexvenezuela.com/vid/ramiro-araujo-agroindustrial-azucarero-461675646>. Consultado en junio 30 del 2019).

Además de las 300 viviendas, están los barracones de madera, una escuela pública de educación básica primaria<sup>17</sup>, una capilla y una plazoleta con iluminación, pero al igual que en otros municipios rurales del estado Zulia, sectores residenciales situados en la periferia de un centro urbano no cuentan con conexiones subterráneas a una red de cloacas, incluso para abastecerse de agua potable del acueducto es necesario que cada hogar tenga la capacidad de comprar una bomba periférica con la suficiente fuerza para hacer presión y atraer el flujo de agua de la toma hacia una cisterna o tanque. El suministro de agua potable en Venezuela no tiene costo alguno, sin embargo, si la propiedad no cuenta con ese servicio básico, el núcleo familiar que va a ocupar ese terreno o esa vivienda debe encargarse de instalar por su cuenta la conexión al tubo principal. De otra forma si el acueducto pasa por el lugar, la única opción es comprar el agua potable al camión cisterna que la transporte.

Aunque el terreno de Sergio no tiene una conexión regular que facilite el suministro hasta la casa, recogen agua potable de una manguera y la reservan en recipientes a la sombra de los árboles del solar. Afortunadamente las labores de la cocina y del aseo se realizan al aire libre. El asunto del «cuarto de baño» tiene otra solución también muy sencilla: como no hay gabinete exterior alguno para una letrina o un inodoro y mucho menos para construir un pozo séptico, se utiliza un balde como bacinilla y luego el desecho se tira hacia la zanja que marca un límite del terreno al fondo del solar.

He querido detenerme en esta circunstancia particular porque el ingreso con el que cuenta este hogar no es suficiente para hacer gastos mayores como la compra de materiales y el pago de mano de obra. La primera tarde que pasé en su casa me vi en la obligación de preguntar dónde estaba el baño pues no nos encontrábamos en la montaña o en algún un espacio abierto en el campo, era de día y frente a su casa pasa una vía principal que une a la capital del municipio con Caja Seca; al otro lado de la carretera hay una zanja que limita con un tablón de caña de azúcar; a

---

17 Escuela bolivariana Candelaria Barriga.

un costado de la casa está la vivienda de sus vecinos; al fondo pasa un caño de agua que con las lluvias se llena y al otro costado de la cerca había un sembradío. Pregunté a Yuani: «¿A dónde puedo ir? ¿A qué parte van ustedes?».

La solución que me dieron me hizo evocar los años de mi infancia transcurridos en la pequeña isla de Providencia (Colombia): vivíamos en una casa de madera con palafitos, estábamos a la orilla del mar y la casa tampoco tenía inodoro, ni letrina, y había vecinos en los alrededores. Lo habitual en el lugar era utilizar una bacinilla y luego vaciar su contenido en un balde grande de peltre. Mis padres habían puesto una cortina como *separé* y cada cual tenía su bacinilla. En el momento justo, mi padre era el encargado de ir al mar a dejar nuestros desechos.

Sergio y Yuani me mostraron la esquina del «cuarto de ropas» en donde podía refrescarme y lavarme, me trajeron dos baldes; uno vacío que serviría como «bacinilla» y otro con agua limpia para darme un baño. Cuando estuve renovada y vestida, me mostraron la zanja hacia donde podía lanzar el contenido del balde. De manera que aun cuando este hogar responda de la manera más rudimentaria a las exigencias de la higiene personal, dichas maniobras no representan ninguna solución efectiva, ni siquiera temporal.

Lo asombroso es que durante las festividades de San Benito se reciben amigos y parientes. ¿Cómo hacen estos visitantes? Así es que les pregunté por qué en el terreno de la vivienda no había un baño externo como en otras casas autoconstruidas que había conocido. De hecho, para los wayuu que viven en los barrios periféricos de Maracaibo, el baño al interior de una casa no es buena idea, por no considerarse saludable. Por otra parte, he tenido la ocasión de observar que en poblados baríes en la sierra de Perijá es dado ir al monte o utilizar las letrinas que están a cierta distancia de las casas.

Sergio y Yuani me hablaron del costo de la construcción de un pozo séptico y de las prioridades que siempre se les presentaban. Mi experiencia de casi doce años viviendo en Venezuela les daba la razón: sin duda construir un pozo séptico no es una obra menor.

¿Qué sucede entonces aquí? ¿Cuál es el problema si la casa de Sergio y de su familia no es la única construida sin cuarto de baño? ¿Qué sucede si otros habitantes como Sergio, que es un vendedor de frutas y trabaja por temporadas en la parcela de otros, apenas ganan lo necesario para sostener a sus familias? Al preguntar a una vecina si quisiera cambiar esa condición de su espacio doméstico me respondió que ciertamente preferiría tener un cuarto de baño con un sanitario, conexión de tubería y pozo séptico pero que ya llevaba muchos años viviendo así.

¿Podemos decir que esa «normalización» de la precariedad de un servicio básico domiciliario encubre la ausencia de un derecho fundamental para toda ciudadanía que habita en una zona periurbana en crecimiento? Lo que para mí resultaba asombroso había sido aceptado generaciones atrás por los habitantes de este sector. Pero, ¿por qué motivos un poblado a tan solo 14 kilómetros de la capital del municipio y frente al que transita una vía principal no cuenta con algún sistema sanitario? ¿Acaso en más de medio siglo no ha habido un gobierno local capaz de mejorar las condiciones de vida de las familias más pobres que habitan en estas zonas periurbanas?

En el Centro de Atención al Ciudadano de la Alcaldía municipal y luego en la oficina de la Dirección de Catastro, funcionarios de escritorio y trabajadoras sociales encargadas de las visitas a cada localidad consideran que la ausencia de servicios básicos domiciliarios (conexión para agua potable, sistema sanitario para la descarga de aguas residuales) es un rasgo cultural propio del modo de vida de las clases bajas. La construcción de un cuarto de baño interno o externo y de su correspondiente pozo séptico no constituiría por ende una prioridad en sus hogares y la carencia en cuestión sería relativa para la mayoría de las viviendas populares autoconstruidas ocupadas por familias adaptadas y relativamente resignadas a las circunstancias materiales que su economía les permite. De esta manera, al definir semejantes deficiencias como rasgos esenciales transmitidos de una a otra generación sin modificación alguna, el gobierno local se considera exonerado de la responsabilidad que le compete.

Cuarto de baño; *water closet*; WC; inodoro, *toilet*, trono, retrete, gabinete o letrina con pozo séptico, además del sistema de conductos para el desagüe de desechos; red de alcantarillado; cloacas o sistema sanitario de drenaje, que hoy en día conocemos, tienen una larga historia en la humanidad. La fecha aproximada más antigua que he podido rastrear para la construcción de un tipo de inodoro y una red de alcantarillado se remonta a la edad del bronce: alrededor del año 3000 a.C. en el valle del río Indo, entre India y Pakistán, una antigua civilización construyó ciudades como *Harappa* y *Mohenjo-daro* en las que cada vivienda tenía un cuarto de baño conectado a una red de alcantarillado (de ladrillo y cerámica) para la evacuación de las aguas residuales domésticas a los ríos.

Uno de los tantos estudios escritos sobre la historia de los aparatos sanitarios, públicos y domésticos es el de Soriano y Barca (2018); sus autores relatan cómo entre griegos y romanos era común el baño en aguas termales y el uso de bálsamos para el cuidado del cuerpo, además las letrinas eran públicas. Sin embargo, durante la Edad Media la creencia expandida en Europa sobre el carácter perjudicial del agua para la piel tuvo como efecto el declino de los baños públicos y la expansión de enfermedades infecciosas. En los castillos medievales pertenecientes a las clases altas acomodadas se usaba un *wáter closet* (gabinete) de asiento hecho con dos trozos de madera o de piedra para que el desecho cayera por el hueco del asiento hasta un pozo séptico. Mientras que en las urbes era común lanzar a la calle el contenido de una bacini-lla. Estas condiciones precarias de la higiene personal y pública en Europa se mantuvieron hasta los inicios del Iluminismo y la Revolución Industrial, hacia finales de 1880 la invención inglesa del dispositivo sanitario fabricado en cerámica circulaba en ciudades como Berlín, Sídney, Ciudad del Cabo y los Estados Unidos, con la condición particular de que allí también la historia se repetía: solamente hoteles de lujo y las clases más acomodadas podían permitirse la instalación de estos dispositivos sanitarios internos.

Un somero repaso histórico como este en torno a la invención y el uso de sistemas sanitarios domésticos o públicos en Occidente, concierne sensiblemente a las zonas rurales y periurbanas

de nuestros países en América Latina y el Caribe, en tanto levanta una inquietud ¿a qué razonamiento abstracto y antimaterialista se debe la ausencia de un sistema de drenaje subterráneo para el desalojo de aguas residuales o en dado caso, de un gabinete separado de la vivienda, con una letrina o un inodoro y su correspondiente pozo séptico. ¿Es por falta de planificación y de presupuesto en cuanto al desarrollo urbano?

Los planes de ordenamiento territorial deberían hacer proyecciones sobre el crecimiento demográfico de una localidad y asegurar la instalación de servicios sanitarios en la construcción de la vivienda social. La situación encontrada en el caserío de Las Dolores, en donde hay población de bajos recursos, nos muestra que la ocupación del espacio periurbano es cada vez más densa y precaria; que el abandono de la actividad agrícola intensiva por agotamiento de los suelos conllevó a la expansión de las áreas pobladas hacia esas zonas periféricas convertidas en ejidos o predios baldíos y que el ordenamiento territorial o el uso de los suelos de un municipio también puede ser revertido por la emigración del campo hacia la ciudad: las opciones de habitación para una familia de bajos recursos que se traslada a la ciudad derivan en el hacinamiento en tanto que en las zonas periféricas las condiciones para un asentamiento se asemejan más a la vida en el campo. Pero ¿qué sucedió a principios del siglo XX en el área que nos atañe del municipio Sucre?

### ORGANIZACIÓN DEL ESPACIO EN TORNO AL FUNCIONAMIENTO DE LA VENEZUELA SUGAR COMPANY

*Bobures cambiaria su fisonomía y fue escenario de ingentes plantíos de caña de azúcar que se extendieron por la densidad de sus tierras; se construyeron muelles, caminos, vías férreas y la tecnología procedente desde los Estados Unidos, Europa y Cuba hizo posible la transformación de la caña en azúcares refinados con destino al mercado nacional e internacional. Las oleadas de inmigrantes de origen africano, trinitarios, portorriqueños, curazoleños y colombianos, entre otros, comenzaron a llegar a la tierra sucrense en busca de trabajo en las corporaciones azucareras*  
(Rodríguez, 2005, p.86).

A finales del siglo XIX la elite dirigente<sup>18</sup> del entonces distrito Sucre reorganizó administrativamente esta jurisdicción con el fin de explotar a gran escala las tierras fértiles de Gibraltar y Bobures en donde se ubicaban las haciendas más prosperas (Rodríguez, 2005). En 1907 la posición estratégica de Bobures, el desarrollo de sus vías de comunicación, sus muelles receptores de barcos de vela y de buques de vapor; las líneas de ferrocarril de La Ceiba-Sabana Mendoza y el estado Táchira que articularon en este puerto natural el comercio de toda la región sur (los Andes y la región neogranadina), además de atraer una mayor concentración de población, justificaron que Bobures se convirtiera en cabecera del municipio (Rodríguez, 2005, pp.69, 83).

Los cultivos de mayor demanda en el mercado interno y externo eran el cacao, el café, la caña de azúcar y sus derivados, entre otros productos el maíz, la yuca y el plátano (Rodríguez, 2005, p.70). Sin embargo, a partir del establecimiento de cuatro ingenios azucareros fundados entre 1912 y 1917, los socios de las centrales lograron la concentración de propiedades rurales mediante operaciones de préstamos e hipotecas como «garantías» sobre la labor agrícola de los contratados (Rodríguez y Bermúdez, 2012, p.99). En este proceso histórico la producción agropecuaria familiar del campesino parcelero no cumplía con las relaciones contractuales capitalistas dominantes en la producción y en el mercado internacional azucarero: una vez endeudado, el pequeño propietario se veía obligado a vender y era despojado de su tierra, fue subalternizado, obligado a trabajar como jornalero en la plantación de la caña o como obrero asalariado en el ingenio. Esta dinámica muestra cómo se forjó la expansión del capitalismo en Venezuela entre 1909 y 1950,

---

18 En *Vivir Maracaibo en el siglo XIX*, Nilda Bermúdez Briñez (2001) describe esta élite como una minoría social perteneciente al comercio y a las finanzas tanto criollas como extranjeras cuyos miembros desempeñan cargos políticos que les permiten mantenerse aliados con los gobiernos de turno (p.18, citada por Rodríguez, 2005, p.88). En el distrito Sucre la política territorial implementada a finales del S. XIX e inicios del S. XX fue promovida por las familias Lizarzábal, Carroz, Cedeño (Rodríguez, 2005, p.70) junto con los París, González, Chourio, Basabe y Soto (p.78).

El procesamiento industrial de la caña de azúcar y la explotación petrolera en el Zulia condujo a la instalación de maquinaria hasta entonces desconocida y a una situación de despojo territorial mediante la ocupación, bajo diversos mecanismos y subterfugios legales, de tierras privadas dedicadas a prácticas económicas tradicionales, terrenos baldíos y ejidos, propiedad de los municipios y del Estado. En ambos casos las empresas actuaron amparadas y respaldadas por el gobierno de Juan Vicente Gómez (1908-1935) para beneficiar los intereses de los inversionistas extranjeros y nacionales, inclusive para su propio peculio o el de amigos y familiares (Rodríguez y Bermúdez, 2012, p.91).

La expansión de las plantaciones de caña para obtener mayor rendimiento de azúcar se tradujo en la compra de más haciendas, de sus peones y jornaleros por parte de los accionistas de la *Venezuela Sugar Company*<sup>19</sup>. El conjunto de posesiones adquiridas por la corporación alteró y empobreció el ecosistema tradicional más diversificado de las parroquias situadas en torno al poblado de El Batey<sup>20</sup>. Además de las tierras cultivadas, la compañía disponía de animales de carga, ganados, casas, conucos, herramientas para la agricultura, trapiches de distinto tipo, maquinaria y equipos de los centrales para la refinación del azúcar, vías ferroviarias, líneas telefónicas, pulpería y la actividad comercial derivada del consumo de los peones (Rodríguez, 2012, p.10).

En 1915, en el antiguo valle de Sabana del Espíritu Santo<sup>21</sup> en el sitio que llamaban Versalles (actual poblado de El Batey) fue instalada la moderna maquinaria fabricada en Indianápolis (Rodríguez, 2003, p.175) para el supercentral azucarero, con una capacidad para moler 800 toneladas métricas de caña (Rodríguez, 2012, p.9). Sin embargo la industria capitalista de la sacarosa y el inevitable consumo del paisaje cañero demandaban el incremento

---

19 Fundada en 1913 con sede en los Estados Unidos y nacionalizada en 1919 con el nombre de *Central Venezuela* (Rodríguez y Bermúdez, 2009, p.153).

20 La compañía anónima Central Venezuela, fue fundada y dirigida por la familia París al igual que otras centrales caribeñas. El Batey es el lugar en donde se instala toda la maquinaria del ingenio para moler y transformar la caña en los distintos tipos de azúcares (mieles y panelas) en donde se descargan los vagones con la caña cortada y en donde se ubican los barracones o viviendas de los zafreros (Rodríguez, 2012).

21 Cfr. Mazzoldi (2016).

masivo de mano de obra y esta fue la principal debilidad del proyecto azucarero: la carencia de braceros.

A medio camino entre Bobures y El Batey, el caserío de Las Dolores en donde viven Sergio y Ecilda fue una de las once haciendas colindantes transformadas en «colonias de agricultores» que contrataban sus cosechas para el Central Venezuela. La materia prima era transportada por vía férrea hasta El Batey en donde era procesada para luego ser enviada a los mercados internacionales. La cadena productiva y el comercio fueron centralizados por el Central Venezuela:

...las colonias conservaron el antiguo nombre de las haciendas y en ellas se marcó la vida cotidiana de los peones, jornaleros, braceros o trabajadores del Central Venezuela; cada uno con una misión específica: sembrar, cortar caña, recolectar o entregar la cosecha para dirigirla a la factoría (Rodríguez y Bermúdez, 2009, p.161).

Las historiadoras Marisol Rodríguez Arrieta y Nilda Bermúdez (2009) subrayan las condiciones de explotación masiva a las que estaban sometidos los cañeros entre 1912 y 1940:

La masa laboral conformada por martiniqueños, portorriqueños, trinitarios, colombianos, indígenas venezolanos, cumplían su labor en condiciones poco favorables, en un régimen con rasgos semejantes a la institución esclavista. Los braceros fueron víctimas de persecuciones, maltratos, salarios exigüos y hacinamiento, lo cual los condujo a buscar mejores condiciones de vida en otras localidades y a organizarse para reclamar los derechos conculcados por las corporaciones (pp.133-134).

[...] la mano de obra cañera solo tenía derecho a comer y dormir las pocas horas que les dejaba la jornada de trabajo antes de irse a las colonias, donde les aguardarían los demás miembros de la familia, muchos de ellos también explotados por los colonos, hacendados o representantes de las compañías azucareras ( p.136).

[...] Las faenas comenzaban a las seis de la mañana y se prolongaban hasta las seis de la tarde en cada una de las colonias (p.141).

[...] los braceros padecían de fiebre amarilla y diarrea; diariamente fallecían de dos a tres trabajadores a raíz de esas enfermedades (p.143).

El trabajo del bracero o del obrero en el campo es fundamental para la totalidad del proceso de producción, ya sea que el hombre o la mujer se desempeñen como corteros, limpiadores, desyerberos, sembradores, recolectores o cargadores de caña, las ganancias dependen de la cantidad de caña cortada y limpia que va a ser molida en la industria. Sin embargo, este rendimiento necesario no justifica el tráfico humano, la persecución de los trabajadores ni las condiciones de marginalidad en las que vivían en las colonias azucareras.

En 1935 con la muerte del general Juan Vicente Gómez, presidente de Venezuela, en el Central Venezuela estalló la primera huelga azucarera del país por la defensa de los derechos de los trabajadores (Rodríguez y Bermúdez, 2009, p.157). El sindicato de trabajadores de la compañía presentó el pliego con las demandas de los braceros: reclamaban un aumento salarial; la reducción de la jornada a 8 horas y el pago de horas extraordinarias; la «exoneración del pago de casas y agua a los obreros que gozaban de este privilegio y otorgarles el derecho a reclamar casa, agua y luz para los que aún no las tienen», pago de las exequias de los jornaleros y de sus familiares, exención para los obreros del costo de transporte en las máquinas; asistencia médica y pago de tratamientos; «organización higiénica en las casas de los obreros a prueba de zancudos» e incluso el «nombramiento de una comisión de la sociedad que se encargara de vigilar el cumplimiento de la organización higiénica en las viviendas de los peones. Finalmente, pedían autorización para la compra y venta de artículos de primera necesidad para los obreros y el respeto de los derechos de estos como ciudadanos libres (Rodríguez y Bermúdez, 2009, pp.158-159). Entre 1947 y 1960 los representantes del Central Venezuela mejoraron las condiciones laborales de los braceros con el propósito de atraer a nuevos trabajadores criollos e inmigrantes y así evitar bajas en el rendimiento de la producción:

Para mejorar sus condiciones de vida hemos continuado incesantemente nuestro plan de construcciones higiénicas, levantando nuevas urbanizaciones en los terrenos más saneados, y reconstruyendo, también de modo continuo, las antiguas viviendas que no están ajustadas a las reglas de la

higiene, labor costosa si se toma en cuenta la transformación repentina que se ha manifestado en el orden social. En materia de sanidad hemos alcanzado un importante mejoramiento, traducido en una notable disminución de enfermos y de mortalidad. Con el equipo para perforar pozos artesianos del que ya hemos hablado, se propone la compañía obtener aguas incontaminadas en todas las haciendas de la empresa, lo que constituirá, de hecho, otro factor importante para la salud de nuestro personal en Bobures (Rodríguez y Bermúdez, 2009, p.159).

A propósito de la economía de plantación en el Caribe, en 1969, Eric Williams describía la condición de explotación del negro que se desempeñaba como obrero agrícola en las Antillas: debía trabajar por un jornal miserable puesto que «produce lo que no come y come lo que no produce» (Williams, 2011, p.39). En la década de los años 30, los casos de desnutrición (alimentación deficiente) eran abundantes debido a la insuficiencia del ingreso en las regiones azucareras: Puerto Rico, República Dominicana, Haití, Barbados, Trinidad y Tobago, Jamaica, Guyana Británica. Una de las enfermedades más comunes era la anquilostomiasis causada por larvas que viven en los excrementos y que debido a la malnutrición que alcanza al jornalero, lo convertían en una víctima susceptible de adquirir esta enfermedad. La larva penetra a través de los poros de los pies, el jornalero va descalzo, en los campos hay excrementos o letrinas descubiertas e insalubres. Los hogares puertorriqueños ubicados en las plantaciones cañeras carecían de facilidades para la higiene personal; en Trinidad los barracones construidos tenían «tres baños para cuarenta y ocho habitaciones, con una población aproximada de doscientas veintiséis personas. Los inodoros estaban a ciento treinta y siete metros de las habitaciones más lejanas» (Williams, 2011, p.44).

## CONCLUSIONES PRELIMINARES

Muchas veces, en los textos etnológicos que consultamos, leemos el relato de un antropólogo o de una antropóloga que inician su «trabajo de campo» sintiéndose extraños o extranjeros en medio de un mundo desconocido que no se imaginaban pero en

el que están dispuestos a vivir por un periodo de tiempo. Digamos que un propósito científico-académico los inspira, que objetivos específicos los obligan o una experiencia de su historia personal ha marcado su interés. Por ejemplo, en *Cholas y pishtacos*, la antropóloga cultural Mary Weismantel (2016), a pesar de haber visitado la región de los Andes de Ecuador, Perú y Bolivia desde 1982, escribe lo siguiente: «Este puede ser un libro sobre América Latina pero no habla con una voz latinoamericana [...] Esta es la voz de una forastera, una viajera y una extraña en sus tierras» ( p.15). Y aun cuando pasa por una inmersión durante la cual «registra» sus pensamientos y reacciones sea «la vida en las zonas rurales y en los barrios obreros de Ecuador, Perú y Bolivia», sea el bagaje de conocimientos acumulado en «años de estudiar y leer sobre los pueblos y culturas indígenas de los Andes», para ella «el trabajo de escribir y leer libros no tiene que reflejar las economías extractivas». Al mismo tiempo en su trabajo académico intenta «ofrecer intertextualidad», completando un acto de traducción cultural sobre su comprensión de la vida social en los Andes.

Para Claudia Fonseca (2004), el relato de Todorov alrededor de Colón en *La conquista del otro* ilustra los problemas de comunicación que nacen en contacto con «el otro»: si utilizamos una única categoría como significante universal de «humanidad», ignoramos o borramos la naturaleza del «otro», corriendo el riesgo de querer asimilar su realidad, su lenguaje, a nuestra identidad:

É preciso que tomemos certa distancia em relação a ese outro, para nos comunicarmos com ele. Sem reconhecer e admitir a diferença, não há diálogo. Ao mesmo tempo, deve-se evitar a projeção desse outro para fora de nossa esfera; se ficar muito distanciado, a comunicação torna-se impossível. A alteridade se constrói na tensão entre esses dois pólos —o muito próximo que se confunde consigo mesmo e o muito distante que se apresenta como uma espécie inteiramente nova, de uma cultura irreduzível àquela do pesquisador (p.107).

Tenemos entonces que una etnografía implica la traducción de la experiencia vivida con el otro y que la noción de *alteridad* que construyo concierne a mi subjetividad tanto como al otro.

¿Quizás nuestras notas de campo más íntimas deben permanecer como un discurso silencioso de nuestro diario personal? Pero, ¿acaso la antropología no es ese viaje de ida y vuelta entre lo extraño y lo familiar? Y ¿ese movimiento resultante no es acaso una *lectura* pragmático-política de los acontecimientos en marcha en el lugar en donde se hace la inmersión etnográfica?

¿Lectura e interpretación son lo mismo? En *Desde el punto de vista del nativo: sobre la naturaleza del conocimiento antropológico*, Clifford Geertz (1994) ahonda en el problema epistemológico que planteó el desvelamiento de aspectos psicológicos y emocionales de Bronislaw Malinowski en las anotaciones de sus diarios, cartas y escritos personales publicados en 1967. Es sabido que en las monografías clásicas la personalidad del etnógrafo, las expresiones de su subjetividad no aparecen reflejadas en la narración. A través de descripciones densas el lector es persuadido del *estar allí* del etnógrafo, su *presencia* en escenas de la vida cotidiana da autoridad a su análisis. Geertz explica la disyuntiva entre el análisis *emic* y *etic*, entre descripciones internas y externas, a través de dos términos psicoanalíticos: los conceptos de experiencia próxima corresponden a la posición del sujeto informante, mientras los conceptos de experiencia distante son producidos por el analista, el etnógrafo, el sacerdote, etc. (p.75). En la interpretación antropológica ambas expresiones intervienen. Por una parte, si el etnógrafo se limita al uso de «conceptos de experiencia próxima» provenientes del «horizonte mental» de un/a informante; su análisis se queda «en la inmediatez, enmarañado en lo vernacular» y por otra, la reclusión en «conceptos de experiencia distante» puede hacernos encallar en abstracciones saturadas de «la jerga» proveniente del campo académico (p.75).

Por ello los análisis de la antropología semiótica despliegan su interpretación a partir del descubrimiento y el análisis de las dinámicas culturales en los términos en que en cada lugar, la gente (los informantes del etnógrafo) percibe *de...* o *por medio de...* palabras, imágenes, instituciones, comportamientos (Geertz, 1994, pp.76, 77). Esto no quiere decir que en la relación con los demás en campo y frente a la realidad social se pueda borrar nuestra alteridad. Bien lo dice la socióloga y antropóloga Claudia Fonseca

(2009): «Ocupo un lugar, poseo un cuerpo, un color de piel, una clase. Todo eso va a mediar en la percepción del sujeto –la propia de ellos y la de ellos sobre mí» (p.6).

Cuando nos confrontan en campo debemos negociar con los elementos jerárquicos sedimentados en el imaginario con respecto a nuestra identidad y profesión (Fonseca, 2009, p.7).

Pensando en las pesquisas etnográficas realizadas hasta el momento en el municipio Sucre (estado Zulia) leí historias de los trabajos de campo realizados por Claudia Fonseca con familias y jóvenes solteros/as de una *vila*, favela o barrio de ocupación de Puerto Alegre. En su visión, la preocupación de la antropología es ampliar el universo del discurso social mediante la construcción de «modelos alternativos de vida social que se resisten a la lógica predeterminada y previsible de la modernidad» (Fonseca, 2004, p.6, la traducción es mía). Por ello, aun cuando la antropología nace al interior «del proyecto moderno» (Fonseca, 2008, p.40), el análisis antropológico se apropia de la tensión entre la formación intelectual del antropólogo y las demás visiones del mundo (p.40). Por su énfasis en la experiencia vivida con las personas de una localidad, la razón de ser de la etnografía es la alteración de los «límites de la imaginación científica»: se trata de deshacer y rehacer la oposición entre yo y el otro; de deconstruir y reconstruir la relación entre lo exótico y lo familiar (Fonseca, 2008, p.49). Este propósito obliga a ampliar los dilemas ético-políticos que salen a la superficie en el texto antropológico: «En la etnografía, la realidad de las vidas que están siendo descritas es lo que da sentido al ejercicio académico. En ese cara a cara con la realidad, la tarea de la antropología no es tanto documentar cuanto evocar la experiencia del otro» (Fonseca, 2008, p.49). Esa evocación no se completa a través de categorías como etnia, clase, sexo o edad, nuestra traducción debe acudir a los términos de la «experiencia» como ha sido vivida, no debería borrar la polisemia inscrita en la construcción de la realidad, ya sea ese otro visionario un enano, un transgénero o el «vendedor de helados que pasa por la esquina de nuestra casa» (Fonseca, 2008, p.49).

Esta condición cambiante e histórica de las experiencias y dinámicas culturales con las que dialogamos hace del método narrativo<sup>22</sup> la «piedra angular de nuestra disciplina» (Fonseca, 2004, p.6). La información que hemos recopilado no habla por sí misma pues nuestro esfuerzo como investigador@s radica en la percepción de las coyunturas y en su traducibilidad hacia formas de expresión analíticas, descriptivas, sensibles y performativas que pueden o no coincidir con el debate existente en el campo académico sobre esos temas. Los fragmentos de acciones etnográficas extraídos de nuestra experiencia en campo inciden en el diario que llevamos y posibilitan a nuestra memoria completar una lectura pragmática-política de los pliegues culturales y planos históricos, por ello afloran allí ideas existentes tanto en el sentido común como en la comunidad científica.

En nuestra narración la memoria o la percepción no son un *reflejo* del mundo desde el momento en que elaboramos una «re-significación del presente en cuanto lectura de un pasado que se actualiza» (Torres, 2006, p.55). Esto requiere elaborar la posible relación entre el pasado y las percepciones que tenemos de algo en el presente. En esta *lectura* las marcas, los quiebres, las texturas que pueden configurar esa memoria vienen a ser «registros híbridos» (Torres, 2006, p.55). Mientras que en el modelo epistemológico de la ciencia positivista el presupuesto es que hay un mundo completo y acabado frente a nosotros (Torres, 2006, p.41) y la única fuente de conocimiento válida es el hallazgo de pruebas materiales y objetivas; para la historia oral y la etnografía el mundo no es una realidad predeterminada en donde «los significados brotan de lo real, de los eventos, de las mismas cosas» (Cavalcanti y Fagno, 2016, p.446).

En este sentido, la perspectiva histórica que elaboro contrasta con el esencialismo relativista manifiesto en el discurso de los funcionarios de la alcaldía respecto al modo de vida de familias afrodescendientes de bajos recursos. En su visión, aunque el desarrollo de una zona periurbana requiere la existencia de un sistema

---

22 Sir Edward Evans-Pritchard, *Los Nuer*.

sanitario domiciliario, su ausencia es relativa por resultar un fenómeno propio del modo de vida del grupo humano que habita en esa zona. De esta manera si el poblador y su familia no han resuelto esa situación es porque es parte de su tradición vivir así.

Contraria a esta actitud he analizado el contexto histórico directamente relacionado con la ocupación del espacio en Las Dolores. Si los testimonios y registros históricos permiten reconstruir la dinámica social dominante en los poblados surgidos en las tierras fértiles de las parroquias Bobures y el Batey en donde la economía de plantación había sido provechosa hasta mediados del siglo XX, en el presente etnográfico la infraestructura precaria existente en este asentamiento humano ha sido fabricada desde la resistencia de algunos de sus pobladores con respecto a las prioridades de un desarrollo urbano que no es del todo incluyente. Llamo la atención sobre las políticas públicas de la alcaldía concentradas en cumplir con las órdenes de un programa de gobierno centralizado, en donde la actuación del «poder popular» se restringe a las colectividades estructuradas al pie de la legislación bolivariana, como el Consejo Comunal, el Comité Local de Abastecimiento y Productividad (CLAP) o las Unidades de Batalla Hugo Chávez, encargados de llevar a la práctica una política pública para el desarrollo social. Sin embargo, la ejecución de estos programas sociales ha sido planificada «desde arriba» e implementada de forma homogénea, sin considerar las condiciones más particulares y las necesidades básicas de habitabilidad de cada núcleo de población.

## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Bonilla, V.D. y Findji, M.T. (1986). El camino de la investigación acción solidaria: La invención de los mapas parlantes y su utilización como herramienta de educación. Cali, Colombia: Fundación Colombia Nuestra.
- Bracho Reyes, J. (1997). El culto a San Benito en el sur del lago de Maracaibo. Una propuesta de acercamiento desde la antropología de la música. *Boletín Americanista*, (47), 45-75.
- Cavalcanti, E. y Da Silva S. F. (2016). Entrevista. Historia oral entre reflexoes e memorias: Revisitando o percurso de Antônio Torres

- Montenegro e suastrilhas metodológicas do fazer historiográfico. *Revista Observatorio*, 2(2447-4266), 426-446. doi: <http://dx.doi.org/10.20873/uft.2447-4266.2016v2especial1p426>.
- Domínguez, P. (2011). Cultura popular: as construções de um conceito na produção historiográfica. *Historia (São Paulo)*, 30(2), 401-419.
- Fonseca, C. (2009). Trajetória de uma antropóloga comsotaque: Entrevista com Claudia Fonseca. *Horizontes Antropológicos*, 15(32).
- \_\_\_\_\_. (2008). O anonimato e o texto antropológico: Dilemas éticos e políticos da etnografia 'em casa'. *Juiz de Fora*, 2(1), 39-53.
- \_\_\_\_\_. (2004). *Familia, fofoca e honra: Etnografia de relacoes de genero e violencia em grupos populares*. Brasil: 2ª edición, Universidade Federal do Rio Grande do Sul.
- García Linera, A. (2011). *La potencia plebeya*. La Habana, Cuba: Casa de Las Américas.
- Geertz, C. (1994). «Desde el punto de vista del nativo»: sobre la naturaleza del conocimiento antropológico. En Geertz, C., *Conocimiento Local: Ensayos sobre la interpretación de las culturas* (pp.73-90). Barcelona, España: Editorial Paidós.
- Instituto Nacional de Estadísticas-INE. (Febrero, 2014). Encuesta de hogares por muestreo situación en la fuerza de trabajo Venezuela. Informe mensual. Situación en la fuerza de trabajo. Recuperado de <http://www.ine.gov.ve/documentos/Social/FuerzadeTrabajo/pdf/informemensual.pdf>.
- Irady, B. (11 de noviembre del 2018). Del país profundo: El Legado de Isabel Aretz y de Luis Felipe Ramón y Rivera. *Aporrea*. Recuperado de <https://www.aporrea.org/cultura/a271711.html>.
- Mazzoldi Díaz, M. (2016). Al sur del estado Zulia. Transiciones incompletas de la modernidad entre el campo y la urbe. En Clarac de Briceño, J., Martins Moraes, A., Messomo, J., Bondarenko, N., Unda, Y., Montiel, N.,... Rivera, A., *Antropologías del Sur: visiones, complejidades, resistencias desafíos* (Inédito). Mérida, Venezuela: Colección Memorias, Biblioteca Digital Latinoamericana de Antropologías, Fundación Red de Antropologías del Sur (en edición).
- Rodríguez Arrieta, M. (2012). El Batey, una comunidad cañera en el municipio Sucre del estado Zulia. *Portafolio*, 2(26), 6-17.
- \_\_\_\_\_. (2005). Rivalidades locales en el entorno cañero del distrito Sucre del estado Zulia. *Provincia*, (14), 65-89.
- \_\_\_\_\_. (2003). Sucre: Área estratégica para la industria azucarera 1900–1915. *AGORA Trujillo*, (12), 143-178.

- Rodríguez Arrieta, M. y Bermúdez Briñez, N. (2012). Las industrias azucarera y petrolera en el Zulia: Formas de ocupación territorial (1913-1930). *Diálogos. Revista Electrónica de Historia*, 13(1), 90-122.
- \_\_\_\_\_. (2009). La inmigración caribeña en la industria azucarera venezolana (1910-1940). *Cuadernos Americanos: Nueva Época*, 2(128), 131-163.
- Soriano Rul, A. y Barca Salom, F. (2018). *Historia reciente del cuarto de baño. Evolución de los espacios de baño y sus aparatos sanitarios a lo largo de más de dos siglos (S.XIX y XXI)*. Barcelona: Editorial Marcombo.
- Torres Montenegro, A. (2006). Rachar as palabras. Ou uma história a contrapelo. *Estudos Iberoamericanos*, XXXII (1), 37-62.
- Weismantel, M. (2016). *Cholas y pishtacos: relatos de la raza y el sexo en los Andes*. (Traducido al español de *Cholas and pishtacos: stories of race and sex in the Andes*, por Cristóbal Gnecco). Popayán, Colombia: Universidad del Cauca.
- Williams, E. (2011) [1969]. *El Negro en el Caribe*. La Habana, Cuba: Ed. Casa de Las Américas.
- Vasco, G. (Mayo, 2012). *Lucha indígena en el Cauca y mapas parlantes*. Ponencia presentada en el Foro Internacional El Mapeo participativo y los derechos territoriales de los pueblos indígenas en la Universidad Nacional de Rosario, Argentina, Recuperado de [https://www.academia.edu/25209564/LUCHA\\_INDÍGENA\\_EN\\_EL\\_CAUCA\\_Y\\_MAPAS\\_PARLANTES](https://www.academia.edu/25209564/LUCHA_INDÍGENA_EN_EL_CAUCA_Y_MAPAS_PARLANTES).

FECHA DE CULMINACIÓN: 17-07-2019 / FECHA DE ENTREGA: 19-07-2019 /  
FECHA DE RECEPCIÓN: 21-07-2019 / FECHA DE ACEPTACIÓN: 27-08-2019.



MAYA MAZZOLDIDÍAZ es egresada de la carrera de Antropología de la Universidad Nacional de Colombia. Siguiendo el camino de los wayuu de la península de la Guajira, se asienta en las costas del lago de Maracaibo en donde nace una investigación doctoral en la que se deshilvanan los estudios de maestría culminados en el Programa de Posgraduación en Antropología Social de la Universidad Federal de Santa Catarina (Brasil) y en el Doctorado en Antropología de la Universidad de Los Andes de Mérida (Venezuela).